

taban pálidas y abatidas. Conversaban poco y á intervalos, escuchaban si alguien se acercaba, y Licia repetía que, por doloroso que le fuese abandonar á Acté, prefería precipitarse y salir aquel mismo día del estado de ansia en que se hallaba, y más sabiendo que Ursus la esperaba y podía salir á favor de las tinieblas.

A consecuencia de su agitación, respiraba con frecuencia y fatiga. Acté reunió febrilmente cuantas alhajas encontró á mano, y metiéndolas en un rincón del pepló de Licia, le rogó que las aceptase y se valiese de ellas en caso necesario.

Durante algunos minutos reinó un profundo silencio, interrumpido tan sólo por ruidos engañosos. Ya les parecía oír murmurar detrás de los cortinajes, ya oír el llanto de un niño ó los aullidos de un perro.

Pero, al fin, la figura de un hombre alto y fornido, con el rostro picado de viruelas, apareció en el atrio como un espíritu. Licia reconoció pronto en él á Atacino, un liberto de Vinicio, que también había estado en casa de Aulo.

Acté dió un grito; pero Atacino, inclinándose, dijo:

— Te saludo, divina Licia, en nombre de Marco Vinicio, que te invita á óparate un banquete en una casa engalanada para una fiesta.

Los labios de la doncella temblaron.

— ¡Voy!, respondió.

Y echando los brazos al cuello de Acté, se despidió.

X

La casa de Vinicio sonreía en medio de una fiesta de luz y de colores; las puertas y las paredes estaban adornadas con guirnaldas de hiedra y mirto; verdes pámpanos subían en espiral por las columnas. El atrio, adornado en lo alto con un toldo purpúreo, brillaba en fulgurante luz. Allí ardían candelabros de diez ó doce brazos, que representaban árboles, naves, animales, estatuas que sostenían conchas rellenas de aceites olorosos, labradas en mármol, en alabastro y en bronce dorado de Corinto. Mitigaban los resplandores de algunas luces cristales alejandrinos y estofas transparentes, rojas, azules, amarillas y moradas; así es que el atrio estaba inundado de todos los reflejos del iris. Por doquiera se esparcía el perfume del nardo: Vinicio lo empezó á usar en Oriente y lo gastaba siempre hasta el derroche. Las habitaciones y dependencias de servicio estaban también profusamente iluminadas.

En el triclinio se había colocado una mesa, preparada para cuatro personas, á la que debían sentarse, frente á Vinicio y Licia, Petronio y Crisotemis. Vinicio había seguido el consejo de Petronio y no fué en persona á buscar á Licia, sino que envió á Atacino, con el permiso concedido por César para recibirla en su casa.

Había decidido acogerla con todos los honores y con gran afabilidad.

— Ayer estabas borracho, dijo Petronio, lo vi. La trataste como lo hubiera hecho un picapedrero de los montes Albanos. No te precipites demasiado; piensa, por el contrario, que el vino bueno se bebe despacio. No olvides que si es dulce de-sear, más dulce es ser deseado.

Crisotemis tenía sobre este punto opinión propia y distinta; pero Petronio la llamó su vestal, su paloma, y se ciñó á explicar la diferencia que debía existir entre un auriga experimentado y el joven que se encontraba por primera vez sobre la cuadriga. Después, dirigiéndose á Vinicio, prosiguió:

— Procura ganarte su confianza, intenta reanimarla, sé generoso. Yo no quiero asistir á un banquete enojoso. Júrale, aunque sea por el averno, restituirla á Pomponia; y después, de ti dependerá que ella prefiera mañana permanecer á tu lado.

Luego, haciendo señas á Crisotemis, continuó:

— Tres años hace, poco más ó menos, que yo obro así con esta tímida paloma y... no puedo quejarme de su rigor.

Crisotemis le dió un golpecito con su abanico de plumas, diciendo:

— Pero yo no he resistido como Licia.

Vinicio no prestaba atención á sus bromas: el corazón le latía furiosamente bajo el traje de sacerdote siriaco, que se había puesto para recibir á Licia.

— Ahora deben haber salido del palacio, dijo casi entre dientes.

— Sí, respondió Petronio. Pero mientras llegan voy á hablaros de las profecías de Apolonio de Tiana ó de aquella historia de Rufino que, no sé por qué, nunca he podido terminar.

Pero á Vinicio le interesaba Apolonio tanto como Rufino. Su espíritu estaba pendiente de Licia, y si bien comprendía que era mejor recibirla en casa que ir á buscarla, como un esbirro, al palacio, se arrepentía de no haberse llegado, pensando que la hubiera visto más pronto.

Entraron esclavos con un trípode adornado de cabezas de carnero y de vasos de bronce con carbón, que destilaban mirra y nardo.

— Ahora están cerca de las Carinas, añadió Vinicio.

— No puede esperar más tiempo; querrá ir al encuentro de la litera y confundirá la calle, observó Crisotemis.

Vinicio sonrió, respondiendo:

— ¡No, no! Prefiero esperar.

Pero las narices se le habían dilatado y respiraba afanosamente. Lo notó Petronio, que sacudiéndole la espalda cariñosamente, dijo:

— Como filósofo no vale un sextercio; no lograré hacer un hombre de este hijo de Marte.

— Han llegado á las Carinas.

Y así era, en efecto. Se dirigían hacia las Carinas. Iban delante los esclavos llamados *lampadari*; los otros, los *pedisequi*, rodeaban la litera.

Atacino iba á conveniente distancia para dirigir el cortejo. Pero avanzaba muy lentamente porque las lámparas proyectaban escasa luz sobre una calle poco iluminada. Las vías adyacentes al palacio estaban desiertas: acá y allá se distinguía alguna que otra persona con su correspondiente linterna; la plaza, en cambio, se veía extraordinariamente animada. De todas las callejuelas salían grupos de dos ó tres individuos, sin linterna, y envueltos en negros mantos. Algunos se unían al cortejo, mezclándose entre los esclavos; otros, y eran los más numerosos, llegaban de la parte opuesta. Muchos vacilaban, casi borrachos, y algunas veces era tan difícil avanzar, que los *lampadari* se veían obligados á prorrumpir en gritos de: «¡Paso al noble tribuno Marco Vinicio!»

Licia, á través de las cortinas medio cerradas, viendo aquellas sombras, temblaba de miedo, y la esperanza y el desconsuelo alternaban en su espíritu.

— ¡Es él! ¡Es Ursus con los cristianos! ¿Cómo acabará?, murmuró con voz trémula. ¡Oh Cristo, ayúdame, sálvame!

El mismo Atacino, que al principio no había fijado la atención en el extraordinario movimiento que reinaba en aquella vía, se intranquilizó. En aquel incesante ir y venir debía haber algo extraordinario. Cada vez con más frecuencia tenían que gritar los *lampadari*: «¡Paso á la litera del noble tribuno!»

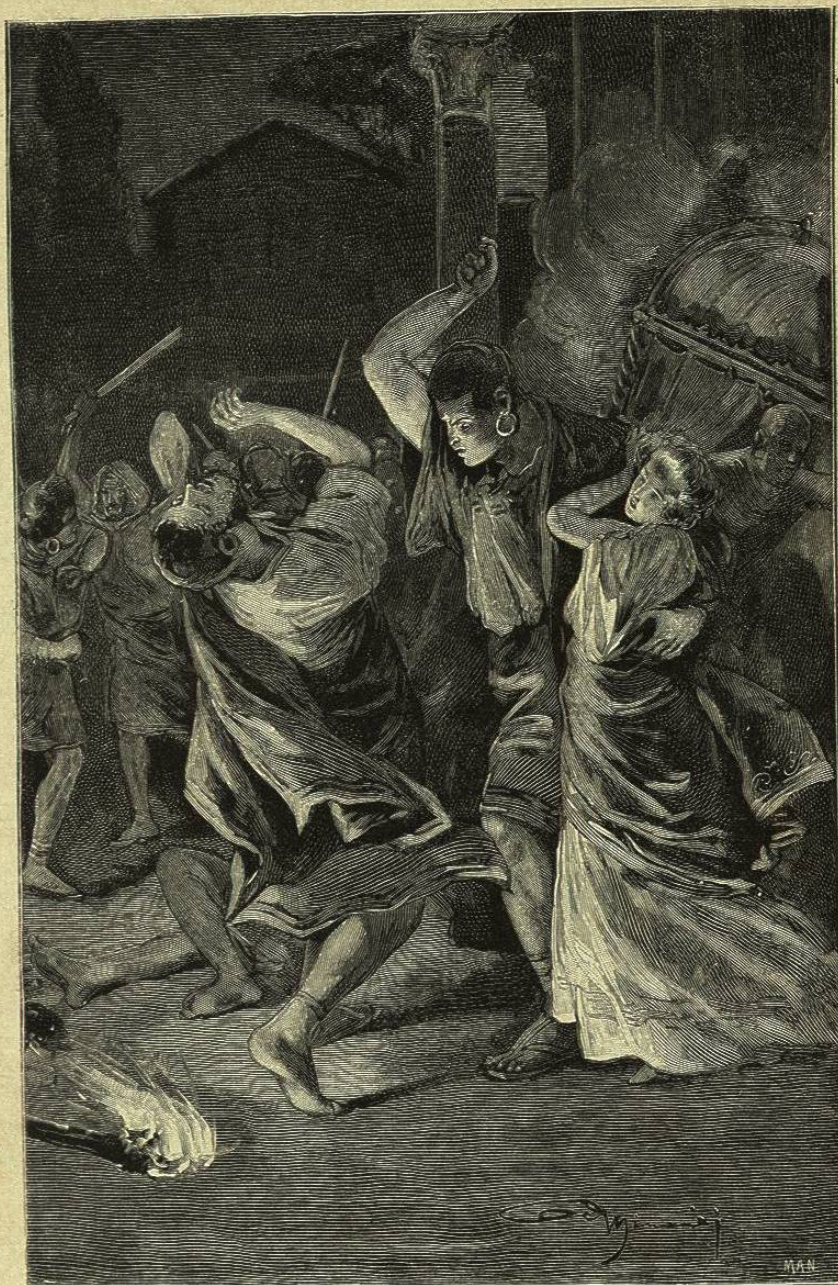
De todos lados la multitud se agolpaba alrededor de la litera, tanto que Atacino ordenó á los esclavos que despejasen á los curiosos á bastonazos.

De pronto se oyó un grito. En un momento se apagaron todas las luces y la litera quedó en medio de un campo de batalla, entre horrible confusión y endiablado ruido.

Atacino comprendió en seguida que se trataba de un asalto, y tuvo miedo. Todos sabían que César, con su escolta, se divertía algunas veces dando asaltos nocturnos, así en la Suburra como en los demás barrios de la ciudad. Todos sabían que de tales aventuras nocturnas salía con golpes y contusiones; pero ¡ay de aquellos que osaban defenderse! Eran condenados á muerte, no valiendo, para salvarse, ni el título de senador.

La guardia nocturna no estaba lejos; pero durante estas agresiones le convenía estar sorda y ciega.

Entretanto la confusión aumentaba más y más. Todos aullaban, se batían, se



Atacino vaciló un instante, para caer exánime luego

golpeaban con las manos y con los pies. Atacino procuró, antes que nada, poner á salvo á Licia, salvarse él y abandonar los otros á su destino. Sacó á la joven de la litera, y cogiéndola en brazos intentó llevarla lejos de aquel sitio. Pero Licia exclamó: «¡Ursus, Ursus!» Por su vestido blanco no era difícil reconocerla, por lo cual Atacino, con el brazo que le quedaba libre, intentaba cubrirla con su propio manto, cuando se sintió fuertemente asido como por una mano de hierro, y un golpe violento y formidable cayó á plomo sobre su cabeza, cuando menos lo esperaba.

Como un buey herido por el mazo sobre el altar de Júpiter, Atacino vaciló un instante para caer exánime luego. Muchos esclavos yacían en tierra, mientras algunos, favorecidos por las tinieblas, habían ganado los muros. En aquel sitio no quedó más que la litera quebrada. Ursus condujo á Licia á la Suburra, seguido de sus compañeros, que poco á poco fueron dispersándose.

Frente á la casa de Vinicio los esclavos se reunieron para ponerse de acuerdo, no atreviéndose á entrar. Después de algunas reflexiones, volvieron al lugar de la contienda, donde encontraron entre los cadáveres á Atacino que estaba expirando. Lo levantaron, y encaminándose hacia la casa, no pararon hasta llegar á la puerta. ¿Qué podrían decir al señor?

— Dejemos hablar á Gulón, propusieron algunos; la sangre baña su rostro, como los nuestros, y el señor le quiere. Corre menos peligro que todos los demás.

Gulón, antiguo esclavo germánico, que había educado á Vinicio y que éste heredó de su madre, la hermana de Petronio, dijo:

— Yo se lo diré; pero venid todos y no dejéis que su cólera caiga sobre mi cabeza solamente.

La impaciencia devoraba á Vinicio; Petronio y Crisotemis refán, pero él revolviase por el atrio con pasos furiosos, repitiendo:

— ¡Deberían estar aquí; deberían estar aquí!

Quiso salir al encuentro de Atacino, pero Crisotemis y Petronio le detuvieron.

De improviso, resonaron cerca algunos pasos y no tardaron en precipitarse en el atrio los esclavos, que con los brazos levantados y apoyándose en las paredes empezaron á gemir: «¡Ay de mí! ¡Miseró de mí!»

Vinicio se lanzó contra ellos.

— ¿Dónde está Licia?, preguntó con voz terrible.

— ¡Ay de mí!, se oyó nuevamente.

Gulón, con su rostro lleno de sangre, se le acercó, exclamando con angustia:

— ¡Señor, mira nuestra sangre! ¡Hemos luchado! ¡Mira, mira nuestra sangre!

Pero no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando Vinicio, cogiendo un candelabro de bronce, destrozó con un solo golpe el cráneo del pobre esclavo.

Después, ocultando el rostro entre las manos y mesándose los cabellos desesperadamente, gritó con voz que nadie hubiera reconocido:

— *Me miserum! Me miserum!*

Su semblante se amorató, los ojos enrojecidos de sangre parecían querer salir de sus órbitas, y por los labios arrojaba espuma.

— ¡Las varas!, aulló como un desatinado.

— ¡Señor, piedad!, clamaron suplicantes los esclavos.

Petronio se levantó con expresión de disgusto.

— ¡Ven, Crisotemis!, dijo; si deseas ver sangre, ordenaré que se abran las puertas de un matadero de las Carinas.

Y salió de aquella casa, preparada para una fiesta y coronada de hiedra, y en la cual resonaron hasta el amanecer los golpes y los chasquidos de las varas.



Vinicio, cogiendo un candelabro de bronce, destrozó con un solo golpe el cráneo del pobre esclavo